

EL PASADO EN DISPUTA: HISTORIA Y MEMORIA COMO MARCOS DE LA ENSEÑANZA

Jorge Mendoza García ¹. Universidad Pedagógica Nacional. México.

RESUMEN:

En el presente trabajo se problematiza el pasado: acontecimientos, personajes, narraciones. Se caracteriza someramente la idea de historia dominante, la positivista. Después, se argumenta, también someramente, la visión de la memoria colectiva. Inmediatamente se confrontan las dos posturas y se da cuenta de sus diferencias y sus coincidencias. Mayores las primeras, mínimas las segundas. Se toma postura por la perspectiva de la memoria colectiva, vista ésta como ambigua y maleable y menos exacta y fija como la historia. Al final, se realiza un pequeño ejercicio, para el caso mexicano, contraponiendo a la versión oficial de los sucesos pasados una versión alternativa, otra que posibilite la ampliación de versiones y de comunicaciones sobre el pretérito contemporáneo. Lo que se pretende es tener distintas interpretaciones de acontecimientos pasados, no argumentar que una versión es más verdadera que lo otra, sino edificar miradas distintas que pluralicen y no absoluticen el tiempo transitado, a la par que se intenta, con versiones disímiles, acercar más a lo mortal a los denominados “héroes” con todo y sus “hazañas”.

Palabras clave: Pasado, historia, memoria, narración, problematización, enseñanza.

THE LAST DISPUTED: THE HISTORY AND MEMORY AS FRAMEWORKS OF TEACHING

Jorge Mendoza García. Universidad Pedagógica Nacional. México.

ABSTRACT:

The present paper discusses the historic facts of the past: things happen, people involved, stories. Then, we point to the idea of dominant narrative of history, a positivistic view. Next, there are arguments sustaining the vision for a collective memory. Both positions are confronted focusing in similarities and differences. There were more differences. Authors subscribe the collective memory vision, besides the ambiguous and inaccurate it results. Finally, as an exercise, this approach is applied to the Mexican case, so against the official version of the success story there are alternative visions more open and wide about the recent past events. This way, we obtain different narrative versions without taken some of them as the truth. As a result heroes are demythologized.

Keywords: Past, history, memory, storytelling, education.

Idea de historia dominante

La historia siempre quiso ser una ciencia, esas son las palabras con las que la historiadora Sonia Corcuera (1997: 7) concibe a su disciplina. El precio fue alto, visto desde el ángulo crítico y humanístico, en tanto que fue más allá del simple coqueteo con las posturas positivistas dominantes a fines del siglo XIX, pues dejó atrás el trabajo de “artista-historiador” con el que venía trabajando, siendo las narraciones tradicionales en el relato histórico al mismo tiempo olvidadas. Entre otras, una de las consecuencias fue esperar que la disciplina contribuyera al nuevo orden: así, por ejemplo, hacia 1950 en algunas universidades francesas se suspendió la libertad de enseñanza con la intención de “proteger” a la

¹ Universidad Pedagógica Nacional. E-mail: jorgeuk@correo.unam.mx

sociedad de los pensamientos que se divulgaban: ateísmo y socialismo; de igual manera, se prohibieron libros “peligrosos” y “se impidió a los historiadores apartarse del orden cronológico en la presentación de sus materiales” (: 144). Es muy sabido que en ciencias sociales, lo cual también aplica a la historia, no hay una “manera inocente de trabajar el pasado”. En ese sentido, puede aseverarse que durante buena parte del siglo XIX e inicios del XX dominó esa perspectiva que “se distinguió por considerar factible alcanzar la objetividad del conocimiento histórico y por su confianza en la continuidad del desarrollo histórico” (: 10). Es esto a lo que se le llama positivismo en el campo de la historia².

La “edad de oro” del positivismo en la historia se tuvo en la segunda mitad del siglo XIX, aunque algo más que sus huellas aún permanecen: la manera de trabajar es una deuda con ese espíritu, ya que el método positivista en historia le debe mucho a Leopoldo von Ranke, pues fue él quien pregonó que los historiadores se limitaran a descubrir y exponer los hechos, esto es, dar cuenta de “lo que verdaderamente ocurrió”; en consecuencia, los “hechos” serán la columna del trabajo del historiador. Sus continuadores, Langlois y Seignobos, autores del famoso tratado *Introducción a los estudios históricos*, fueron claros al respecto: la historia se hace con documentos, y como estos no pueden sustituirse, ahí donde no hay documentos, no hay historia³; además, “nadie quiere confesar su parentesco con Langlois y Seignobos, pero muchos historiadores continúan escribiendo de la manera que ellos recomiendan” (: 11). Herencias varias que no se quieren reconocer de manera explícita. Pero que aún permanecen en muchos de los trabajos históricos. En efecto, aunque se señala que el positivismo ha quedado rebasado, para algunos autores “ni los *Annales* de Marc Bloch⁴ y Lucien Febvre, ni las generaciones posteriores, han logrado producir un manual que logre hacer por la escuela francesa el equivalente de lo que la *Introducción...* hizo en su momento por los historiadores positivistas⁵: dar normas firmes y claras acerca de la manera de organizar el material para escribir la historia” (Carrad, en Corcuera, 1997: 154)⁶.

² El positivismo se endosa una idea de progreso, en el sentido de que la humanidad avanza, y se cree que las últimas fases del desarrollo son superiores que las anteriores. Avanzar implica mejorar y perfeccionarse, y en cierta medida, alejarse del pasado.

³ Esta historia propone que el material se organiza en una secuencia cronológica, la sucesión de eventos en el tiempo: el historiador busca hechos de un tiempo y los enlaza con el siguiente, asumiendo que ese es el orden de la realidad, el más natural y lógico.

⁴ Para este autor, iniciador de la Escuela de los Annales, la historia es “la ciencia de los hombres en el tiempo” (en Ricoeur, 1999c: 75).

⁵ Esta manera de dar cuenta del pasado, esta forma de concebir la historia, cuestionaba la manera de trabajarla por sus predecesores, e indicaban que éstos eran más literarios que científicos (Corcuera, 1997: 148). Esta forma no pretende dar preceptos para la vida ni conmovir, busca simplemente saber. De ahí que se plantee la objetividad en su quehacer.

⁶ “La historia es la primera de las disciplinas que viene a la mente si pensamos en las que pretenden ofrecer una representación verídica de una realidad compleja por medio de un texto complejo” (Ankersmit, 1994: 15). “La historia es homogénea en los documentos de la actividad occidental, los acredita con una ‘conciencia’ que ella puede reconocer, se desarrolla en la continuidad de las marcas dejadas por los procesos escriturísticos: se contenta con ordenarlos cuando compone un solo texto con millones de fragmentos escritos donde ya se expresa el trabajo que construye (hace) al tiempo y se da conciencia a sí mismo por un entorno a su propio ser” (Certeau, en Pérez-Taylor, 1996: 226). Más aún, el propio Bloch (1949) habla de los “testimonios” como el único recurso para acceder al pasado, por lo que el conocimiento de éste es necesariamente indirecto, esto es, se depende de la observación de otros. Lo “indirecto” aquí es concebido como aquello que “no alcanza al espíritu del historiador más que por el canal de espíritus humanos diferentes” (: 56). Debe, entonces, haber un intermediario, que es, en este caso, un humano con su testimonio. Pero en el caso de la memoria colectiva en el caso de los “artefactos de la memoria”, éstos no son necesariamente humanos, pueden ser, por indicar, sus creaciones.

El mismo Bloch (1949) siendo crítico de la posición positivista de la historia reconoce que “muchos teóricos” le otorgan “una extrema importancia al hecho de volver a registrar con exactitud los actos, las palabras o las actitudes de algunos personajes que se hallan agrupados en una escena de duración relativamente corta” (: 54). Por su parte, Peter Burke (2001) sostendrá que para los historiadores “la periodización es su preocupación profesional” (: 25). En consecuencia, y siguiendo el trazo de esta visión, el propio Bloch (1949: 77) indica dos “responsables” sobre por qué se presenta el olvido según la visión de la historia: primero, por la negligencia en extraviar documentos y, segundo, el secreto que esconde o destruye tales documentos⁷.

Historia y memoria

El artífice de la noción de memoria colectiva, Maurice Halbwachs (1925)⁸ distinguía claramente a la historia académica dominante y la historia oficial de la idea de memoria colectiva⁹. De entrada, señala que “la historia no es todo el pasado”, y tiene razón; de esa frase parte para dar sus razones de la distinción entre historia y memoria colectiva. Habla de la historia escrita (positivista, dominante en el momento de escribir su texto) y de la historia *viva*, que no recoge la primera, pensamientos que en apariencia habían desaparecido, pero que terminan por expresarse, por manifestarse cuando hay oportunidad (Halbwachs, 1950b: 81). Conceptualmente, se concibe a la memoria colectiva como los procesos sociales de reconstrucción de acontecimientos pasados que han sido vivenciados y/o significados por un grupo, colectividad o sociedad. Y tal reconstrucción se realiza desde el presente (Mendoza, 2004). En ese sentido es que la memoria colectiva puede distinguirse de la historia en tanto que “tiene todo lo necesario para constituir un marco vivo y natural en el que un pensamiento puede apoyarse para conservar y encontrar la imagen de su pasado” (Halbwachs, 1950b: 82)¹⁰.

Halbwachs enuncia dos puntos clave de distinción entre memoria e historia. La memoria como “corriente de pensamiento continua” no tiene nada de artificial en tanto que “retiene del pasado sólo lo que aún está vivo o es capaz de vivir en la conciencia del grupo que la mantiene” y la historia no retiene y mantiene vivo lo que a los grupos interesa, sino lo que a la nación conviene: “la historia, que se sitúa por fuera de los grupos y por encima de ellos, no vacila en introducir en la corriente de los hechos divisiones simples, cuyo lugar se fija de una vez por todas” (: 91); en cambio, en la memoria no hay tal separación, discontinuidad, hay una especie de desarrollo continuo, o sólo límites irregulares e inciertos: el presente, como duración que interesa a la sociedad, “no se opone al pasado del mismo modo que se distinguen dos periodos históricos vecinos”, lo cual si estipula la historia (: 93). Por otro lado, existen varias

⁷ “La ‘escritura de la historia’ se caracteriza por un *uso razonado del olvido* implicado en el trabajo del recuerdo” (Ricoeur, 1999c: 60).

⁸ Y así si la memoria colectiva tiene inventor, el padre de la historia resulta ser Heródoto (Yerushalmi, 2002).

⁹ Marc Augé indica tres acepciones para la historia: i) como disciplina, ii) como contenido de un acontecimiento; y iii) como conciencia colectiva e identitaria. Cuando la memoria intenta desmarcarse de la historia, lo hace en función de la primera noción.

¹⁰ Refiere, de igual manera, que lo que a los grupos les interesa o les genera sentido no muy pocas veces se encuentra alejado de lo que en la historia se encuentra registrado: existen pocos puntos de contacto entre el grupo y la nación. Ciertamente, “si por memoria histórica se entiende la lista de los acontecimientos cuyo recuerdo conserva la historia nacional, no es ella, no son sus marcos los que representan lo esencial de lo que llamamos memoria colectiva” (Halbwachs, 1950b: 86). En todo caso, más que la nación o la patria, hay otros grupos más pequeños que actúan sobre las personas para delinear el pensamiento y los recuerdos de éstos, por eso puede afirmarse que se puede pensar y recordar en común.

memorias colectivas y en la narrativa positivista la historia es una: sólo hay una historia¹¹. “La historia puede representarse como la memoria universal del género humano. Pero no hay memoria universal. Toda memoria colectiva tiene por soporte un grupo limitado en el espacio y en el tiempo” (: 96).

La memoria es una corriente de pensamiento colectivo, con límites irregulares e inciertos. La historia construye, mediante sus cronologías, duraciones artificiales, en que los acontecimientos de los que da cuenta intenta que se vuelvan actuales, a pesar de que los grupos a los que se les narra tales eventos los ignoran, ya sea porque no les interesa o porque se sienten ajenos a ellos¹².

A decir de Ramos (1989) la distinción entre memoria e historia no sólo es en cuanto a contenido sino también sobre cómo reconstruirlo: i) el pasado de la historia es muerto, y el de la memoria es vivo; el primero aduce grandes hombres, la segunda se edifica en la experiencia y sus significados¹³; ii) la historia aduce las diferencias entre pasado y presente, en tanto que la memoria reconstruye ese pasado para continuarlo con el presente; iii) la primera es idealmente única y la segunda es plural; iv) la historia ordena los hechos en un tiempo cronológico y la memoria lo hace sobre la experiencia y los significados: “la historia no es el equivalente moderno de la memoria colectiva, sino un discurso alternativo de reconstrucción del pasado, que lucha contra ella, la arrincona y pone en peligro de desaparición”. En efecto, “la memoria colectiva desaparece allí donde el pasado se historicifica” (: 79)¹⁴.

Siguiendo con esta línea distintiva, para Paul Ricoeur (1999c) la “ruptura” entre historia y memoria se da en tres niveles: i) el documental: en tanto que la historia depende de fuentes, intentando lograr cierta “evidencia documental” y cierta fiabilidad; ii) el explicativo: la pretensión explicativa “y, en función de esto, trata de determinar el tipo de científicidad propio de dicha disciplina; y iii) el interpretativo: en la medida que se centra en la escritura la lleva a la línea de la historiografía. Ciertamente, los historiadores se interesan en los documentos (algo que va más allá de los testimonios), y estos han sido organizados, “reunidos intencionadamente en archivos a impulsos del poder político o de cualquier otra institución interesada en conservar la huella de su actividad anterior” (: 43). Asimismo, se encuentra la noción de “hechos históricos”, pretendiendo que lo que se llama “hecho” coincide con lo que realmente pasó.

¹¹ La memoria retiene del pasado lo que aún se encuentra vivo, lo que le interesa al grupo; la memoria guarda aquello que está acorde con la imagen actual, asegurando así su continuidad. La historia lleva elementos e intereses del presente a su configuración del pasado. Para Halbwachs la memoria crea permanencia sobre un sustrato colectivo que está e movimiento constante, donde el presente se encuentra ligado a un grupo, y en el que la memoria le proporciona la impresión de estabilidad. La memoria actúa en el presente. En cambio, la historia, exterior y por encima de los grupos, da cuenta de un pasado que es tan real como el presente. Narra el pasado de manera que lo que se va modificando cobra un gran peso, estableciendo divisiones simples y cronologías que se fijan como inamovibles, y esquematiza por necesidades didácticas. Es sobre el pasado que actúa la historia. En la historia hay un principio selectivo deliberado, mientras en la memoria hay una selección sobre la base de lo significativo.

¹² La historia ofrece un cuadro de cambios, con causalidad y estructura de por medio. Por eso la historia trata de las discontinuidades y de los cambios. La historia se interesa, además, por las diferencias y menos por las semejanzas. La memoria colectiva se interesa en las semejanzas, ahí plantea su continuidad y, por supuesto, la identidad. La historia, en cambio, deja de lado los momentos en que aparentemente no corre nada, en que no hay convulsiones ni cuestionamientos para el cambio. La historia sobre todo es un punto de vista desde fuera del grupo; la memoria, por su parte, es una visión desde dentro (Halbwachs, 1950b: 100). Por eso dice Halbwachs (1950a: 43): “no es sobre la historia aprendida, sino sobre la historia vivida, que se apoya nuestra memoria”.

¹³ Veyne dirá: “el historiador puede detenerse diez páginas sobre un día y despachar en dos líneas diez años: el lector le tendrá confianza, como a un buen novelista, y presumirá que esos diez años están vacíos de acontecimientos” (en Candau, 1998: 134).

¹⁴ Connerton (1989) distingue entre memoria e historia, que denomina memoria social y reconstrucción histórica; la segunda la refiere como aquella que realizan los profesionales de la historia, los científicos autorizados, y que intentan identificar hechos del pasado. La primera es viva.

Ricoeur cuestiona el hecho de que la historia quiera “explicar”, buscando “causas”, “motivos”, “razones” (“hay muchas maneras de encadenar los mismos hechos”, y oponer una explicación a otra, una más verosímil que otra, pero sobre la base de criterios como “peso”, “importancia”, “aceptación”, etcétera). Igualmente, se presenta la ruptura entre memoria e historia en la “composición de los grandes cuadros históricos”, en “grandes historias” que reúnen un gran número de eventos en grandes unidades: Renacimiento, Ilustración, Revolución de..., Guerra Fría. Asimismo, el testimonio está más cerca de la memoria y el documento lo está de la historia (Ricoeur, 1999a)¹⁵.

Candau (1998) es partidario de la separación entre historia y memoria, en tanto que la primera interviene poco en el campo de lo recordable y en la transmisión de la segunda. Aunque tanto historia como memoria son representaciones del pasado, la primera se “propone como objetivo la exactitud de la representación, mientras que la segunda no aspira sino a la verosimilitud... la historia tiende a aclarar lo mejor posible el pasado, la memoria busca más bien instaurarlo”, asimismo “la historia busca revelar las formas del pasado, la memoria las modela, un poco como lo hace la tradición. La primera se preocupa por poner en orden; la segunda está atravesada por el desorden de la pasión, de las emociones y de los afectos”; de igual forma, “la historia puede venir a legitimar, pero la memoria es fundadora. La historia se esfuerza por poner el pasado a distancia; la memoria busca fusionarse con él” (: 127)¹⁶.

Pierre Nora hace algo similar. Pone a la memoria como la vida, lo vivido por grupos humanos, múltiple, abierta al recuerdo y el olvido desde el propio grupo, de revitalizaciones y de deformaciones sucesivas, es afectiva y mágica, articula detalles que la confortan, que la hacen bella, se nutre de recuerdos vagos pero con sentido, que pueden hasta ser enfrentados, pero lógicos; es simbólica y sensible, y forma la identidad. En cambio, la historia está más vinculada a las continuidades de las cosas, de las evoluciones, del denominado progreso, pertenece a todos y a nadie, y tiene una vocación por lo universal. Por eso se habla de una “historia universal”, pero no de una memoria universal. Es operación universal que invita al análisis, pero no a la vida de las pasiones. La historia es siempre precisa. No obstante, termine por arrancar algunos elementos de la memoria, y quizá por ello se les confunda y, en algunos excesos, se les equipare.

Como bien podría hacerlo Tzvetan Todorov (2000: 161) quien entiende a la historia “como encadenamiento de acontecimientos”. Y como historiador aduce que si se parte de la visión de que no hay hechos sino “discursos sobre los hechos. El historiador, entonces, en nada se diferencia del conmemorador” (: 240). Pero no todos comparten este punto de vista equiparador, pues hay quienes contraen la argumentación de la memoria colectiva. Así, para Burke (1997: 65), la historia y los historiadores tienen como función “custodiar el recuerdo de los acontecimientos públicos documentados,

¹⁵ No obstante, para Ricoeur (1999a:28) la relación de la historia con la memoria es que la primera amplía a la segunda, en el tiempo y en el espacio, y en cuanto a los temas, por ello se encuentra una historia política, una social, económica, cultural, entre otras. El resultado es la memoria, pero de otro tinte, la denominada memoria histórica, donde se unen memoria e historia. Luego acentuará su propuesta: “la memoria enriquecida por el proyecto ofrece el modelo de este tipo de acción al conocimiento histórico. El hecho de que la memoria enseñe a la historia va a contracorriente de la disposición espontánea del decurso histórico. Esta última es, por vocación, pura retrospectión; se define como ciencia de los hombres en el pasado”, y, en cambio, la memoria lo hace vislumbrando también el futuro (1999c: 49).

¹⁶ Como la historia, aunque muchos no lo reconozcan, es también simplificadora, selectiva, olvidadiza de los hechos, parcial, y “en la práctica, en sus motivaciones, sus objetivos y a veces sus métodos, ella toma siempre algunos rasgos de la memoria, aun si trabaja constantemente para protegerse de ella. Es, por esta razón, ‘hija de la memoria’” (Candau, 1998: 128-129). No obstante, la separación conceptual continúa: “una historia sin memoria sería también científicamente satisfactoria”, y en última instancia “el estudio de la memoria obliga al historiador a aceptar que estudia el tiempo más que el pasado” (Rioux, 1997: 352), por aquello de la continuidad de la memoria. Y es que, por ejemplo, entre los pitagóricos la memoria puede conducir a la historia o bien alejarse de ella y, en consecuencia, entrar en confrontación con ella (Le Goff, 1977: 148).

en beneficio de los actores... y en beneficio de la posteridad”, y retomando a Cicerón, apunta que la historia es “la vida de la memoria”, señala que distintos historiadores “escribían para mantener vivo el recuerdo de los grandes acontecimientos y hazañas”. Luego agrega que la memoria “refleja lo que ocurrió realmente” y la historia “refleja la memoria”. Es el razonamiento de Jacques Le Goff (en Rioux, 1997: 344), quien alega que “la memoria es la materia prima de la historia”¹⁷. En ese sentido, a los historiadores les interesa la memoria por dos razones: i) estudiarla como “fuente histórica” para saber de la “fiabilidad” de los recuerdos, y sobre todo se puede hacer a través de la historia oral; y ii) como “fenómeno histórico”, como la “historia social del recuerdo”, y trabajar cómo es que se seleccionan ciertos eventos, cómo se modifican en cada grupo y tiempo (Burke, 1997)¹⁸. Y el encogimiento de la importancia de la memoria se mira cuando se esgrimen argumentos como el siguiente: “es preciso controlar la memoria espontánea, apasionada y emocionalmente selectiva, mediante la historia, la cual, ejercida según las reglas del oficio y de la honestidad, rectifica la memoria, al tiempo que se enriquece con su impulso” (Le Goff, 1999: 194). A lo que otro autor, contestará: “hasta hace bien poco, la crítica o corrección de algunos excesos o carencias de la memoria quedaba confiada a la historia, con su voluntad de fidelidad y de verdad, frente a la siempre poco fiable –si bien a menudo veraz- memoria colectiva”; actualmente, en cambio, “encontramos también apuestas que sitúan en el lugar de la crítica una *política de la memoria*, que podemos entender vinculadas a la tentativa de contar de otra manera (justa) los acontecimientos fundadores de nuestra identidad colectiva”, en efecto, “si partimos del hecho de que somos aquello que somos capaces de hacer con nuestro pasado, una posible vía crítica –una precaución frente al hecho que la memoria puede tener una función legitimadora de lo que hay- supone no sólo aprender a contar de otra manera sino también aprender a dejarse contar por otros” (Birulés, 2002: 147)¹⁹.

Efectivamente, la memoria bien puede ser otro relato, otra manera de mirar los acontecimientos del pasado. Así lo manifestó desde sus inicios Halbwachs, al desmarcar a la memoria colectiva de la historia. Y así ha continuado su propia traza. Sus afectividades con las que trabaja y sus ambigüedades, propias de las reconstrucciones y no de las veracidades. Ciertamente, para la historia la memoria resulta “un tiempo sospechoso” (Rioux, 1997: 352)²⁰. Y es que, certeramente, la memoria no lleva a la fidelidad, no

¹⁷ La memoria que los historiadores dicen es propia del trabajo de la historia la denominan “memoria histórica”; es la “memoria propia de los historiadores”. Y en ésta “todo hecho pasado, todo lo que ocurre en el tiempo debe ser objeto de un enfoque científico, de una reconstrucción crítica. Todo el pasado humano, histórico y prehistórico, e incluso el de la tierra en su conjunto, es objeto de conocimiento desinteresado, de saber puro, pues la meta del trabajo de la memoria no es otra que la verdad” (Vernant, 1999: 24). Aunque también se ha esgrimido que “el estudio de la memoria ayudó a la disciplina histórica a volverse hacia sí misma” (Rioux, 1997: 351).

¹⁸ Burke (1997) argumenta que la transmisión de la memoria se ve afectada por la organización social y los medios para comunicarla, por ejemplo a) la historia oral, b) con lo que trabaja el historiador, los registros escritos, donde se encuentran intentos de “moldear la memoria de los demás”; c) las imágenes: pinturas, fotografías, y ahora los monumentos conmemorativos: lápidas, estatuas, medallas; d) acciones, prácticas, como rituales; e) el espacio donde depositar los recuerdos, como con los griegos.

¹⁹ Pero igual, puede hablarse de *otras* formas de relación entre memoria e historia: sí. Ahí está Mnemosina y Clío. La segunda hija de la primera. Actualmente pueden advertirse múltiples maneras en que la memoria se manifiesta, contrastándose con la historia: ciertamente, la memoria como parte integrante de la producción cultural, da origen a distintos relatos: lo mismo literatura que películas, biografías que estudios académicos posibilitando una constante reconstrucción de lo ocurrido en el pasado; por otro lado “la política oficial respecto a la memoria impulsa la adopción de una serie de conmemoraciones y la construcción de determinados monumentos; en dicho ámbito se libran duras batallas políticas en torno al contenido simbólico y al carácter reparador de dichos ‘hitos de la memoria’” (Barahona, *et al.*, 2001: 68).

²⁰ Rioux (1997) advierte: “historia y memoria se oponen. La historia es un pensamiento del pasado y no una rememoración. Forjó sus propias armas y codificó sus leyes. El historiador no es, pues, un memorialista, ya que construye y da a leer el relato –sí, el relato: redescubrimiento reciente, capital y duradero- de una representación del pasado” (: 342). Después agrega que la memoria y la historia “forman un ángulo recto”, donde a la memoria le corresponde regresar en el tiempo “hacia adentro”, y recuperar lo que “ha quedado atrás”, y a la historia “la perpendicular”, tiene como tarea inscribir, subrayar, contar y prever “para comprender mejor y dar a conocer un destino razonado” (: 343). Habla, asimismo, de memorias nacionales, dotadas de continuidad, que dirigen, que

es el reflejo de lo que pasó, no es un espejo, el historiador debe entender que la memoria no reproduce o deforma una realidad social determinada, sólo la reinventa, en el mejor sentido del término²¹.

Memoria e historia, entonces pueden ser trazos separados, a veces viajando en sentidos distintos e incluso opuestos. El propio Burke (1997) acepta que con cierta frecuencia se da que hay fuertes diferencias entre lo que los grupos recuerdan y lo que los registros escritos, oficiales o no, manifiestan: “es una experiencia común que lo que se recuerda no siempre está registrado y, desgraciadamente para el historiador, mucho de lo que se ha registrado no se recuerda necesariamente” (Yerushalmi, 2002: 2-3). Algo así como líneas paralelas.

Un ejemplo claro de la distinción entre historia y memoria, en la práctica, se presenta en la cultura judía. De ello da cuenta Yosef Yerushalmi (2002) en su libro *Zajor*. Los judíos han opuesto memoria a historia. Han cuestionado la historia que recupera las hazañas de los hombres y los pone a la par de lo natural. “El significado de la historia se explora en forma más directa y más profunda en los profetas que en las narraciones históricas reales; la memoria colectiva se transmite más activamente a través del ritual que a través de la crónica” (Yerushalmi, en Bloom, 2002: XV). En este caso está clara la separación, y “una no puede sustituir a la otra” (Yerushalmi: 2002: XXX)²²; de tal suerte que “mientras que la memoria del pasado fue siempre un componente central de la experiencia judía, el historiador no fue su custodio primario” (: XXXIII)²³.

conmemoran, que se enseñan para compartirse, de un lado, y del otro, las memorias particulares o locales, “de raíces respingadas y demasiado cómodas en un tiempo dislocado”. La primera puede dar pauta a la historia, la segunda alimentará la memoria de una sociedad. Y en no muy pocos casos y aspectos, lo que tiene que ver con grupos y colectividades (memoria) ha resultado más significativo o importante que lo “nacional”, lo oficial (historia). Dice Pierre Nora: “el pasado ya no es la garantía del porvenir; esa es la razón principal de la promoción de la memoria como agente dinámico y la única promesa de continuidad” (en Rioux, 199: 348). “Subjetiva, parcelaria, la memoria debe ser en efecto, repitámoslo, un tiempo sospechoso para la historia” (: 352).

²¹ Es interesante que para el trabajo con monumentos se diga que “La labor del historiador es rellenar de nuevo, con todos los medios auxiliares a su alcance, los vacíos que las influencias de la naturaleza han producido en la forma originaria en el transcurso del tiempo” (Riegl, 1903: 57), y que se señale que en el mismo caso de los monumentos, al estudiosos de la memoria colectiva le interesa lo que comunican.

²² “La historiografía, el registro real de los acontecimientos históricos, de ninguna manera es el medio principal a través del cual se ha dirigido o despertado la memoria colectiva del pueblo judío” (Yerushalmi, 2002: 2). La memoria judía se ha movido por fuera de las líneas de la historia, a través del ritual, de la liturgia y de la costumbre. Yerushalmi reconoce cuatro formas en que se comunica la memoria judía medieval: i) plegarias penitenciales insertadas en la liturgia; ii) “libros conmemorativos” en cada comunidad; iii) “Segundos Purim” en torno a la salvación reciente y iv) días de ayuno especiales (Bloom, 2002). No es lo mismo el significado en la historia, el recuerdo del pasado y escribir historia, “y ni el significado ni el recuerdo dependen en último término de ella [de la historia]” (Yerushalmi, 2002: 15, corchetes agregados). Y la memoria colectiva se comunica “más activamente a través del ritual que a través de la crónica” (: 16). Además, para Yerushalmi “el significado en la historia, el recuerdo del pasado y el escribir historia de ninguna manera deben considerarse equivalentes”, en la Biblia los tres elementos se yuxtaponen; en el judaísmo posbíblico se separan. Sólo es hasta el siglo XVI, después de su expulsión de España, que los judíos retoman la escritura histórica. No obstante esto no duró mucho. “La literatura y la ideología compiten para ocupar el abismo en que se ha convertido la memoria judía” (Bloom, 2002: XVIII). Además, “la investigación histórica no tiene efectos sobre las visiones judías contemporáneas del pasado. Los judíos, ahora como antes, permanecen fundamentalmente ahistóricos” (: XIX). Se puede afirmar que las comunidades judías prefieren el mito a la historia.

²³ Paréntesis: “si los rabinos, hombres sabios que habían heredado una poderosa tradición histórica, ya no estaban interesados en la historia mundana, esto indica simplemente que no sentían necesidad de cultivarla. Tal vez ya sabían de la historia lo que necesitaban saber” (Yerushalmi, 2002: 25); y entonces se dedicaron a cultivar y comunicar la memoria. Y es que, en efecto, para los rabinos, la Biblia era no sólo la historia pasada, sino “un patrón revelado” en el, devenir del tiempo y por eso aprendían las escrituras: ahí estaba prácticamente todo. De ahí que no escribieran historia, sólo hasta la Edad Media y en poca medida, y era en todo caso literatura referida a las enseñanzas de transmisión de la ley y la doctrina a partir de la Biblia, además de recibir un impulso tratando de refutar a los herejes de dentro y los adversarios de afuera. Luego entonces, como se ha advertido, la memoria de la cultura judía se mantuvo menos por la historia y más por otros elementos: rituales y litúrgicos: “la historiografía nunca sirvió como vehículo primario para la memoria judía en la Edad Media” (: 46). En el siglo XVI sólo se imprimieron cuatro obras escritas

De la memoria a la historia

“Cuando la memoria se convierte en un relato ‘cómodo’, se desliza inexorablemente hacia el archivo y pierde toda su fuerza resistente” (Calveiro, 2001: 21). Es decir, en cierto sentido se vuelve historia.

Lo que ahora es historia bien pudo haber navegado por las aguas de la memoria colectiva, pero se enquistó, se acartonó, dejó de tener vida; no siguió reconstruyéndose, y se pensó como infinita en el tiempo, porque esa es la virtud de la historia²⁴: plantearse como única e incuestionable, y en la medida que no se cuestiona, no se reformula, para qué, si ya fue aceptada y no hay que modificarla, porque sería como variar lo que en el pasado ha sucedido y la historia ya fijó que ocurrió de una determinada manera, y no de otra. “La movilidad es la cualidad más clara de la resistencia. Lo que se fija resulta inevitablemente atrapado por las distintas formas del poder. El relato que se construye de una vez y para siempre, sin resignificarse ni actualizarse desde el presente, va perdiendo su potencial resistente y se funcionaliza hasta traicionar la chispa que le dio vida” (: 23).

La historia es colección de hechos, y en los libros se plasman como sucesos elegidos, cotejados, clasificados y siguiendo necesidades que no son las de los grupos locales: “la historia sólo comienza en el punto en que acaba la tradición, momento en que se apaga o se descompone la memoria social” (Halbwachs, 1950b: 88). Ahí donde la memoria concluye la historia empieza. La memoria hecha poder es historia. El relato histórico hecho historia oficial es lo que se enseña en las escuelas y es lo que da forma

antes de 1500: esa era, prácticamente, toda la biblioteca de escritos posbílicos. “las rituales básicos de la remembranza eran todavía aquellos que, bílicos en su origen, se habían expandido significativamente en la *halajah* rabínica. Éstos suministraban una red compartida de prácticas alrededor de los cuales se agrupaban los recuerdos comunes del pueblo como un todo” (:47).

Sólo “en la era moderna encontramos realmente, por primera vez, una historiografía judía divorciada de la memoria colectiva judía y, en ciertos aspectos cruciales, en completo desacuerdo con ella” (: 111). En efecto, y sucede que quienes exigen al historiador ser “el restaurador de la memoria judía le atribuyen poderes que bien puede no poseer. Esencialmente, la moderna historiografía judía no puede reemplazar a una memoria de grupo erosionada que nunca dependió de los historiadores” (: 112). Ciertamente, las distintas memoria colectivas de la comunidad judía “estaban en función de la fe compartida, de la cohesión y de la voluntad del grupo mismo, que transmitía y recreaba su pasado mediante todo un complejo de instituciones sociales y religiosas que estaban entrelazadas y que funcionaban de manera orgánica para lograr este fin” (: 112).

“La disminución de la memoria colectiva judía en tiempos modernos es sólo un síntoma del destejerse de aquella red común de creencias y prácticas a través de cuyos mecanismos se hacía presente el pasado” (: 112). En efecto, en el caso de la cultura judía, la memoria y la historiografía son formas distintas de mirar el pasado: la historia “no representa un intento de restauración de la memoria, sino una clase de evocación verdaderamente nueva. En su anhelo por entender, pone sobre el tapete textos, acontecimientos, procesos que en realidad nunca formaron parte de la memoria judía de grupo, ni siquiera cuando estaba en su momento más vigoroso. Con energía nunca antes vista, continuamente está recreando un pasado cada vez más detallado cuyas formas y texturas no reconoce la memoria” (: 113).

Es interesante que en este caso el historiador no intenta llenar vacíos que la memoria ha dejado en el camino, sino que constantemente “cuestiona hasta esos recuerdos que han sobrevivido”; aún más, pretende “recobrar un pasado total aunque sólo esté directamente interesado en un segmento de él” (: 113). Por eso se presentan algunas complicaciones para estos estudiosos, al advertir que el pasado judío “no se despliega ante el historiador como una unidad sino como multiplicidad y relatividad” que caracterizan a la memoria de una colectividad (: 115). En consecuencia, se entiende que muchos judíos se encuentran buscando un pasado con sentido “pero está claro que no quieren el pasado que el historiador ofrece” (: 117).

La conclusión que Yerushalmi pone para la cuestión judía vale para este apartado: la moderna historiografía no podrá sustituir a la memoria.

²⁴ Rioux asevera que sin el relato “la historia no sería más que memoria desordenada y sufriente” (1997: 352). Y aunque se asegure que cuando se intenta trabajar historia y memoria se debe asumir que se estudia más que el pasado, el tiempo (Rioux, 1997), en el caso de la memoria lo que se aborda es el sentido, el significado de los acontecimientos que los grupos reconstruyen.

a ciertas formas de pensar, porque en él hay ciertos contenidos del pasado y no otros. Por ejemplo, los españoles son odiados por lo que hicieron en el mundo mesoamericano, y se enaltece el mundo indígena, pero nuestra identidad proviene de al menos esas dos culturas, la hispánica y la indígena. O ¿acaso el mundo prehispánico era ya cristiano en el siglo XV?; ¿hablaban los nativos americanos español? ¿Tenían apellidos como “Martínez”, “Pérez”, “Baltasar”? Negar o negativizar una parte de nuestro pasado, de nuestras raíces, ha sido la labor de la historia oficial.

La enseñanza de la historia: la memoria en disputa

Quizá por eso es que el historiador francés, Ernest Lavisse, advierte: “a la enseñanza histórica incumbe el deber glorioso de hacer amar y hacer comprender a la patria” (en Ferro, 1974: 242). No nacemos con una idea de nación, de patria, de héroes. De ahí que se advierta que: “siempre es de muertos que habla la historia” (Strasslust, en Tenorio, 2004: 44). Esa historia nos habla de rupturas, de cambios, de grandes personajes, de seres excepcionales, incorruptibles e inquebrantables, como si así fueran en verdad. Así se pretende mostrar el discurso histórico: fiel a lo que sucedió. Baste recordar que Ranke llamó a los historiadores a registrar el pasado “tal cual tuvo lugar”. Aunque más certero fue James Baldwin al manifestar que “la gente está atrapada en la historia, y la historia atrapada en ellos”. “La Historia se comprende desde el punto de vista de cuantos han tomado a cargo la sociedad: hombres de estado, diplomáticos, magistrados, empresarios y administradores. Ellos han contribuido justamente a *la unidad de la patria, a la redacción de las leyes sagradas que nos hacen libres*”, critica Marc Ferro (1974: 243, énfasis en el original).

Como en muchos otros países, en el caso de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) la historia no hizo sino legitimar al régimen, la visión de los dirigentes y el reforzamiento de la imposición del poder de significados de distintos acontecimientos, y otorgó sentido a muchos de los actos de la elite. De tal suerte que cabe la pregunta de “hasta qué punto es fiable la historia, si se trata de una ciencia capaz aún de progreso, o si no se trata nada más que de ideología aplicada” (Ferro, 1996: 92). Ideología que deja huecos que han de llenarse con otros relatos, otras reconstrucciones, por supuesto. Y así, por ejemplo, en la exUnión Soviética la literatura disidente, en especial la novela, propuso “descripciones del pasado” contemporáneo más fiables que las versiones dadas por los historiadores. A una similar empresa contribuyeron los cineastas. Las investigaciones orales ayudaron de igual manera a forjar versiones alternativas a las dadas por la historia. En Occidente se encuentran casos similares, en especial cuando las sociedades entran en crisis²⁵.

Otra mirada: relatos distintos, relatos de memoria. Por caso, México

²⁵ Hay varias fuentes que dan cuenta de la naturaleza de los discursos históricos y la crisis de la historia. Al respecto pueden enunciarse los siguientes: a) el marxismo y sus variantes y las distintas formas de liberalismo, que tomaron el sitio de las grandes religiones, que hasta ese momento otorgaban sentido a la historia. Con el fracaso de los distintos colonialismos, liberales, y el derrumbe de los regimenes socialistas, resurgió el fundamentalismo de la vida religiosa, no sólo en el mundo musulmán, también en el judío y en el cristiano. Pero también apareció otro fundamentalismo: la ecología. La ideología del progreso se pone entre paréntesis. b) La relación que se establece entre la historia “científica” y otras formas de historia; antes la novela, en la actualidad el cine y la televisión que divulgan y cuentan historia. Los ingleses sabían de Juana de Arco vía Shakespeare y menos por la historia académica: “una obra literaria goza de una larga vida, mientras que una obra científica expulsa a la que le precede, porque con el tiempo se modifica la perspectiva de la historia” (Ferro, 1996: 93). En efecto, por un lado las narraciones históricas ficticias del cine y la televisión van en aumento, y tienen gran audiencia e impacto; y por el otro, el descrédito de los relatos históricos de la academia que se pusieron al servicio de algún partido, estado, iglesia, elite, grupo, abrió el pasó para que un relato literario tuviera mayor credibilidad que la historia misma, en muchos casos: “lo imaginario y lo no dicho son historia tanto como la Historia misma” (: 93). c) No se han explicitado los principios que debe enunciar el análisis histórico. Y es que, en efecto, ante el discurso histórico oficial aparecen otras miradas sobre el pasado, las pinturas, los frescos, cuadros, cuentos, leyendas, el mismo cine, forma “privilegiada” de una narración distinta a la de la historia.

Y qué tal si los acontecimientos sobre la formación de nuestro país, México, los relatamos de forma disímil. No por inventarnos una construcción distinta, sino que más bien hurgamos otras rutas, visitamos otras fuentes, otros autores, otros relatos ¿la narración resulta diferente? ¿Se forjaría, hipotéticamente, otra historia, más bien una memoria distinta a la versión oficial? (Lo que aquí se presenta es el avance de una investigación más amplia y sólo se enuncian elementos conceptuales.)

¿Qué tal si la denominada **conquista** la narramos de manera distinta, por ejemplo como lo hacen algunos investigadores relegados? Veamos. México no era el país Azteca antes de la conquista que refieren los textos oficiales. “Si este país hubiera sido conquistado por los 300 españoles de Cortés, con diez caballos hambreados y unos arcabuces viejos... vergüenza debería darnos andarlo diciendo” (González de Alba, 1998: 151), pues parece que más bien la conquista fue producto de la animadversión y el odio de diversos pueblos indígenas hacia los Aztecas. Estos tenían sometidas brutalmente a otras poblaciones. Y no sólo eso, Izcóatl, el primer rey azteca, ordenó quemar la historia y reescribirla, enalteciendo a su grupo. A la llegada de los españoles tenían un siglo de independencia de Azcapotzalco. Y no les gustaba cómo estaba escrita la historia, pues en ella no brillaban. Entonces ordenaron la quema de códices y reescribieron el pasado con ellos en primer plano.

En la *Enciclopedia de México* se dice: “a pesar de las manifestaciones de amistad del conquistador, éste lo hizo prisionero (a Moctezuma), cosa que negó Moctezuma para apaciguar los ánimos de sus súbditos”. No obstante, eran 1200 los nobles de la corte, 15 mil indígenas en Iztapalapa, 14 mil en otras ciudades vecinas y 500 mil en el capital: más de 530 mil indígenas tenían rodeado a Cortés, y éste tenía poca gente, como narra Bernal Díaz del Castillo: “nosotros no llegábamos a cuatrocientos soldados”. Los números de aquellos que estaban con Cortés y con Moctezuma se siguen escondiendo en la enseñanza oficial. Con este relato, más ampliado y con más información, se formaría una idea distinta de la conquista, seguramente sí.

¿Y qué tal si los sucesos de la Guerra de **Independencia** los relatamos de manera diferente a la forma oficial? El levantamiento popular encabezado por Hidalgo en la madrugada del 16 de septiembre fue apagado en menos de un año, culminó con detenciones, fusilamiento y decapitación de sus dirigentes. Antes, muchos españoles proclives a la Independencia fueron muertos. En interrogatorio ante tribunal, por no haber sometido a juicio a esos españoles, Hidalgo respondió: “No era necesario, sabía que eran inocentes” (en González de Alba, 1998: 168). Discurso que no se enseña en la primaria o la secundaria. Varias masacres de españoles fueron convenidas por el cura levantado en armas, además de permitir el saqueo, la rapiña, como en muchos movimientos de este tipo. Y si bien es cierto que era “intelectualmente superior” a muchos hombres de su generación, en tanto que hablaba francés, italiano, tarasco, otomí y náhuatl, y leía y discutía intensamente, y su iglesia y casa eran más centros de reunión para intercambio de ideas que un espacio para la procuración de la fe, no estaba predestinado como intenta mostrarlo la historia oficial (Rosas, 2006).

“El desorden fue la característica de su movimiento”, debido a lo cual tiene relaciones tirantes con varios oficiales, incluido Allende quien representaba la disciplina y el orden en el ejército. Y las multitudes, como toda buena multitud, desconocían ambos términos. La improvisación parecía más bien la regla antes que la excepción. Es lo que sucede con su estandarte que tiene una historia accidental: “Al pasar por el santuario de Atotonilco, Hidalgo, que hasta entonces no tenía plan ni idea determinada sobre el modo de dirigir la revolución, vio casualmente en la sacristía un cuadro de la Virgen de Guadalupe, y creyendo que le sería útil apoyar su empresa en la devoción tan general a aquella santa imagen, lo hizo suspender en el asta de una lanza, y vino a ser desde entonces el ‘labaro’ o bandera sagrada de su ejército” (Rosas, 2006: 30). Es decir, el estandarte es un incidente (190 años después a Vicente Fox ya no le funcionó el teatrillo). Además, rápidamente perdió el piso, como hoy día se dice. Él mismo lo aceptaría: me deje “poseer por el frenesí” (: 32), permitiendo que se le diera el tratamiento de alteza serenísima, como dijo Lucas Alamán: se hacía tratar como soberano. El buen sacerdote enfermó de poder.

Y en este episodio, qué tal los venerados Sentimientos de la Nación, de Morelos, que en su segundo enunciado indicaban: “2° Que la Religión católica sea la única, sin tolerancia de otra”; y el cuarto sentimiento: “4° Que el dogma sea sostenido por la jerarquía de la Iglesia, que son el Papa, los Obispos y los Curas, porque se debe arrancar toda planta que Dios no plantó” (en González de Alba, 1998: 169). Además, la Independencia no llegó sino hasta 1821, diez años después del fusilamiento de Hidalgo. En septiembre, pero 11 años después de iniciada la gesta que en estos días celebraremos.

¿Y qué tal si decimos algunas cosas más de Benito **Juárez**? La imagen que se nos brinda es apoteótica: niño indígena, pobre, que luchó y luchó hasta llegar a la Universidad con compañeros animadversos y después llegó a ser presidente de México. El indígena debería sentirse ahí representado, pero al ascender a la presidencia, en enero de 1958, el mundo indígena no fue reivindicado: “la redención de los indios significaba integración” (Rosas, 2006: 36). Prácticamente no hay menciones al mundo indígena en sus discursos. Estaban contemplados, integrados, en la palabra “nación”. La ley de nacionalización de bienes de “manos muertas” afectó, y en mucho, la propiedad comunal de los pueblos indios, y durante su gobierno se reprimieron varias de sus sublevaciones, quizá por eso después grupos amplios de indígenas decidieron apoyar a Maximiliano.

Hay una imagen que muestra su soberbia sin reconocerla: ante la imploración de rodillas por parte de la princesa Salm-Salm para que perdone a Maximiliano, Juárez responde. “No soy yo quien le quita la vida, es la Patria”. (Quién o qué es la patria, pudo haber sido una buena pregunta.) Si bien la frase “El respeto al derecho ajeno es la paz” contiene un principio universal de convivencia entre las naciones, también es una moraleja para los derrotados (Rosas, 2006). Aquí tenemos sentidos encontrados en una sola locución.

Y el tratado McLane-Ocampo (Melchor, ministro de Relaciones Exteriores) que proponía Juárez a los Estados Unidos para que se le reconociera a su gobierno. En él se permitía a los “Estados Unidos y sus conciudadanos y bienes, en perpetuidad, el derecho de tránsito por el istmo de Tehuantepec, de uno a otro mar...” (en González de Alba, 1998: 176). (Afortunadamente el congreso estadounidense rechazó esta propuesta; y decimos afortunadamente porque a los gringos se les da la mano y se toman el país.) Ese fragmento de la historia sólo se enseña en algunos colegios particulares y lo explotan la Iglesia católica, antijuarista, y los conservadores. Así que no diremos más.

Pero sí que podemos mencionar algunas cosas más sobre otros episodios o personajes. Por ejemplo de Francisco Ignacio **Madero**, el espiritista. Año tras año se nos ha dicho que la Revolución estalló el 20 de noviembre de 1910 a las seis de la tarde. Ni una hora más ni una hora menos. Los levantamientos de 1906 y 1908 auspiciados por la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano (magonista) no se nombran. No existieron. De Madero se dice que propuso aquello del “sufragio efectivo, no reelección”. Que era un hombre demócrata. Que era un político que escribió ese librito titulado *La sucesión presidencial en 1910*, y que detonó con ello la caída de Porfirio Díaz. Pero sobre su esencial persona, su ser espiritista, poco o nada. Menos sobre que era buen bailarín. Algo acelerado, también. El ministro de Hacienda de Porfirio Díaz, José Y. Limantour lo calificó como “hombre de buena fe, pero un tanto desequilibrado. No hace mucho se creyó apóstol y se dio a predicar el espiritismo” (en Rosas, 2006: 41), y cuánta razón tenía el porfirista ese. Veamos un poco.

Proveniente de Europa, la doctrina espiritista prosperó a fines del siglo XIX. Se arraigó en los estados del norte del país y se formaron círculos “espiritistas” con todo y sus publicaciones. Madero se dio a la tarea de difundir la doctrina. “Don panchito”, como le decían, la hacía de “médium escribiente” en sus sesiones de los miércoles y los sábados. En medio del trance escribió varios textos. Por dictados de la providencia Madero debía prepararse “física y mentalmente para la misión que le deparaba el destino”: la liberación

de México. El 30 de octubre de 1908 “don panchito” se escribe a sí mismo: “Querido hermano: estás en condiciones de dirigir a los demás, de impulsar a tus conciudadanos por determinada vía cuyo fin verás con la clarividencia de los elegidos. Has sido elegido por tu Padre celestial para cumplir una gran misión en la tierra”; y agregaba que la iluminación espiritual le indicaba que el país se iba al precipicio, para después espetarse: “cobarde de ti si no la previenes” (en Rosas, 2006: 43). Dos meses después publicó su famoso libro.

Sus textos espiritistas los firmaba con el nombre de Arjona, personaje de la literatura hindú. Y con la claridad que este guerrero literario era iluminado por el dios Krishna al momento de emprender el combate, Madero lo hizo con la programación de la Revolución Mexicana en su Plan de San Luis. Un crítico historiador dice: “Ningún otro Plan revolucionario en toda la historia de México fijó con semejante precisión el inicio de un levantamiento armado” (Rosas, 2006: 45).

El espiritismo se supone pacifista, al menos está contra el uso de la violencia, razón suficiente para que sus colegas, los de la Federación Espírita Mexicana le reclamaran a su camarada de ánimos: “Anhelamos que cese la guerra que ensangrienta esta bella porción del Universo” (en Rosas, 2006: 45). Madero decidió transitar al mundo de la política, donde se decidían los destinos del país. Ahí perdió la vida a poco de iniciada la Revolución; por eso es que se ha señalado críticamente que Madero no llegó a gobernar (González de Alba, 1998). Para algunos es otro héroe inútil. Y parece que eso no puede enseñarse en la historia oficial.

Otros muchos **episodios y personajes** pueden ser puestos al escrutinio: por ejemplo el movimiento de 1968 que hay quienes señalan que estuvo impregnado de fiesta y tragedia (González de Alba, 1998) o el llamado mes de la patria: septiembre. Sí, porque en septiembre de 1847 las tropas estadounidenses arriaron la bandera mexicana para izar la bandera de las estrellas en Palacio Nacional, el día del aniversario de la Independencia. Dieciséis años después eran los franceses quienes descerrajaban la fiesta cívica de los mexicanos. En 1862, también en septiembre, moría víctima de tifo Ignacio Zaragoza, el de la batalla de Puebla. El 15 de septiembre de 1863 los conservadores celebraban la “independencia” de México, con los franceses en nuestro país salpicados aún sus uniformes de sangre mexicana. Más aún: en 1864 desembarcaron en Veracruz Maximiliano y Carlota, y en septiembre el emperador decidió celebrar las fiestas de su “nueva patria” en el pueblo de Miguel Hidalgo, en Dolores, rindiéndole honores al cura. Revisitado así ¿podría seguir siendo septiembre el mes de la patria?

La historia oficial contribuye a la forja de la nación, a darle cohesión, forzadamente, a una sociedad. Pero ella no actúa sola, tiene sus aliadas. Con la administración de Adolfo López Mateos, la historia oficial se difundió mayormente con los libros de textos gratuitos. La historia oficial tenía así una trinchera más, añadiéndose a las ceremonias cívicas, columnas de periódico, libros, programas de radio y televisión, la hora nacional, etcétera. Y con ella vamos formando a miles y miles, millones de personas. Pensamiento compartido. Muchas veces errático. Nótese sino. Sólo algunos casos.

En momentos de crisis los gobernantes hurgan el pasado, para tratar de legitimarse. Así ha sido y parece que así seguirá siendo. Luis Echeverría desenterró a Benito Juárez; López Portillo a Quetzalcóatl; Miguel de la Madrid a Morelos (los dos satélites mexicanos llevan su nombre: Morelos I y Morelos II); y Salinas de Gortari revivió a Zapata, aunque de un plumazo acabó con el ejido. Ni modo. Historia es historia.

Aunque la historia de los niños héroes ya se conocía desde el porfiriato, por razones políticas adquirió dimensiones grandilocuentes en el periodo de Miguel Alemán. En marzo de 1947 el presidente de Estados Unidos, Harry Truman, visitó México al conmemorarse los 100 años de la guerra entre ambos países. Colocó el gringo una ofrenda floral en el altar de la patria. Tal homenaje desató la animadversión nacionalista y un repudio mayor a los vecinos del norte. Un nuevo relato sobre los sucesos del pasado

vino a salvar el episodio: al poco de la visita de Truman se anunció en las primeras planas que durante las excavaciones al pie del cerro de Chapultepec se encontraron seis calaveras que, se dijo, pertenecían a los denominados “niños héroes”. Había dudas de peritos e historiadores, pero ¿quién iba a contradecir la versión oficial avalada por el presidente en un decreto? Así que por decreto dichos restos pertenecían a esos afamados niños héroes. Alguien en septiembre de 1847, en medio de las balas, tomó la precaución de juntar los cadáveres de seis cadetes muertos en distintos sitios y momentos para que fueran encontrados un siglo después. Eso es previsión (Rosas, 2006).

Otro decreto. En 1947, en el sexenio de Miguel Alemán, fueron redescubiertos los restos de Hernán Cortés que un siglo atrás Lucas Alamán había ocultado en los muros de una iglesia (del hospital de Jesús) para evitar que una multitud los quemara. El tema de Cortés comenzó a circular en la opinión pública, y por supuesto también su condena. Las coincidencias de la vida, el destino dirían algunos, hizo que aparecieran los restos de Cuauhtémoc, el último emperador Azteca, en un pueblo de Guerrero. Los expertos dijeron que entre los restos había huesos de niño y de animales. No obstante los huesos fueron declarados auténticos. (Los ocurrentes dijeron que los huesos eran de Cuauhtémoc... pero de cuando era niño.)

Algunas cavilaciones

Ante todo esto que aquí se expone la pregunta que surge es ¿los relatos distintos que se contraponen a la historia oficial posibilitan la formación de memorias colectivas? La respuesta es sí, un tipo de memoria. En tanto que un relato distinto, contenidos distintos, forjan memorias distintas. Y en tanto que una narración de un evento pasado no intenta imponerse por sobre otras narraciones, sólo demanda su reconocimiento, entonces no estamos ante un ejercicio de historia ni de contrahistoria²⁶, sino de memoria

²⁶ En efecto, no sólo existe la perspectiva histórica positivista y oficial y la de la memoria colectiva, para tematizar los eventos del pasado. Hay otras versiones. Marc Ferro (1996) aduce que se han multiplicado las fuentes de ese conocimiento sobre el pasado, y, aunque hay más, como la microhistoria, la historia cultural, caracteriza cuatro. i) La *historia institucional u oficial*, es producto de las instituciones que manejan a las sociedades. Tal historia “existe porque encarna y legitima los regímenes que la producen” (: 94). La historia institucional u oficial “es la transcripción de la necesidad de cada grupo social y de cada institución para justificar su existencia o su dominación”, que bien puede ser la iglesia, el estado, el partido: “la historia *oficial* conoció su apogeo en los siglos XIX y XX” (: 94). En la Francia de la III República el historiador enaltece la nación y formar así el patriotismo; en la Inglaterra de fines del XIX y principios del XX las plumas de historiadores enaltecen el sentido moral de su pueblo, e hipotetizan que Napoleón no hubiera podido conquistar esas tierras. Francia tiene héroes distintos, según narren los católicos o los protestantes. “En ese tipo de historia, cuando el poder cambia de signo, los héroes del pasado cambian de sentido” (: 94). La historia oficial adapta el sentido de los eventos del pasado a los requerimientos del poder en turno. “La historia institucional reinó exclusivamente donde reinaba la dictadura de una sola institución, de manera que si la fuente generadora de historia fue, como en el caso de la URSS, el partido comunista, la historia en tanto disciplina se volvió, en sentido propio, asunto de partido y cuestión de estado” (: 95). Esta historia oficial se apoya sobre todo en su visión de estado-nación, en ocasiones aliada con la visión de la iglesia, como ocurría en España y Francia y que se enseña en las escuelas, y puede ser una visión compartida entre el estado-nación, el partido y la iglesia, como en Polonia. Es una “vulgata histórica”. Es una historia jerárquica de fuentes, reflejo de las relaciones de poder. Primero están los relatos de los archivos de estado, referencias bíblicas o enunciaciones de los próceres de la patria; después los comentaristas de esa primer fuente, que bien pueden ser los historiadores; luego vienen las fuentes públicas, como la prensa o testimonios de personas comunes. Es esta historia la que dice qué sí y qué no es historia, qué es fuente primaria y qué es fuente secundaria. Otra característica de la historia oficial “es el silencio que impone a ciertos secretos familiares: los silencios principales están ligados a las normas de legitimidad en que se basa la institución, y más aún a los orígenes de dicha legitimidad” (: 97). Formas de tabú. “La historia oficial suele ocultar los hechos vergonzosos cometidos por la institución fundadora: crímenes, matanzas, genocidios. Éste es un rasgo que comparten todos los países” (: 98).

ii) Otra fuente de la historia es la *contrahistoria*, hecha de silencios de aquellos sectores que no tienen historiadores. Los rabinos eran los historiadores de los judíos. En la historiografía de Polonia la palabra “judío” no aparece ni antes ni después de 1945. Los vencidos son ese sujeto de la contrahistoria, pero su discurso sólo puede escucharse y erigirse como paralelo al de la historia si crean una institución que permita expresarlo y difundirlo para ser oído. Es como escribir una “historia de contrabando”. “Los pueblos colonizados fueron los primeros que intentaron formular o escribir una contrahistoria. Una vez libres, su contrahistoria se volvía historia oficial” (: 98). Esos son los riesgos del poder. La contrahistoria es “una disputa” por la narración del pasado. Hay al menos dos versiones sobre el mismo evento, el oficial y el contrahistórico. En la contrahistoria entran todos aquellos grupos que han sido expulsados de la historia. La contrahistoria adquiere la forma de escritos alternativos o películas que critican las versiones oficiales,

colectiva. De lo que se trata, en todo caso, no es de suplir una versión por otra, sino del reconocimiento de lo que se ha negado u ocultado. De ampliar, en sentido estricto, el relato sobre el pasado y sus sucesos y sus personajes. Y de esa manera tener distintas perspectivas.

La memoria, hay que recordarlo, está cruzada por el desorden de la pasión, de las emociones; la memoria vivifica, no mortifica como la historia. No busca exactitud sino verosimilitud; la historia legítima, la memoria confronta, contradice, pero tiene su lógica. Y en esta confrontación propone otras narraciones sobre el pasado, y al tener distintas perspectivas tenemos, por ejemplo, la posibilidad de humanizar a nuestros héroes, que quizá sí lo fueron. De desmitificar, en el sentido de no idolatrar ideológicamente, a la gente que contribuyó al estado actual de cosas. Nuestra "historia oficial es una larga serie de derrotas gloriosas y un pesado directorio de héroes derrotados" (González de Alba, 1998: 149). Cuauhtémoc es el gran derrotado. Hidalgo es el "padre de la patria" menos por sus logros y más por decreto dado que su rebelión fue fallida y aplastada en poco tiempo. A Morelos le ocurrió algo similar. Qué tal contraponerle al cura Hidalgo a Hernán Cortés como "padre de la patria", pues sin su triunfo no habría país ni población actual (:150). Esa es sólo una posibilidad. Incluso una provocación. Igual alejarse de la condena fácil: "los malditos triunfadores están en lo más profundo de nuestro infierno oficial" (: 150). Y es que "por decreto, el sistema erigió grandes altares a la patria", donde reposan seres infalibles; "creó símbolos para que, a través del discurso histórico, se justificará a toda costa su permanencia en el poder"; y en la oscuridad, en el fondo hay un infierno cívico, donde están los traidores, los débiles de corazón (Rosas, 2006: 13). La historia oficial no sólo permea, sino que forja la conciencia nacional. Y esa conciencia es las más de las veces dócil a lo que del pasado se dice, lo que la historia asegura que aconteció, y para ello se vale de la noción de "hechos históricos", concibiendo el "hecho" como algo que realmente aconteció (Ricoeur, 1999c)²⁷. Los otros relatos, y versiones, se relegan por incómodas, porque no sirven a los intereses del grupo en el poder en el presente²⁸.

las versiones institucionales, del pasado. "A pesar de su oposición, la contrahistoria y la historia oficial tienen características *similares*, aunque las ideologías en que se basan sean inversas: en ambas, se da prioridad a la narración, a la jerarquización de las fuentes, a la obra producida al servicio de una causa" (: 100). En ese sentido, la contrahistoria no puede equipararse con la memoria colectiva, en tanto que a esta última no le interesan ni las jerarquizaciones, ni los documentos como forma primaria de reconstrucción, ni encumbrarse como visión dominante. La contrahistoria, sí. Esquemáticamente podría decirse que primero está la historia, como visión dominante, después la contrahistoria, como visión relegada pero que intenta imponerse, y al final la memoria colectiva, como interpretación de acontecimientos del pasado que intenta se reconozcan. Ser considerados.

A eso hace referencia Marc Ferro (1996) cuando señala: iii) La tercera fuente es la memoria colectiva o social. Teniendo como cimiento las investigaciones orales, asimismo los grupos sociales étnicos que conservan su identidad con base en las tradiciones y festividades. Esta fuente, la memoria, se distingue de la contrahistoria porque carece de historiadores. Difiere de la historia por su status. Las festividades son su centro. Tiene fuentes difusas, como la literatura o el cine. "Estas fuentes están esparcidas, no forman un conjunto; no tienen por meta elaborar un análisis sistemático de la vida de las sociedades" (: 102).

iv) La cuarta fuente es la *historia experimental y la escuela de los annales*, quienes se propusieron desprenderse de la dependencia de los poderes de sus países de origen. Fundaron una revista que se convirtió en la Biblia de quienes rechazan la Biblia (Ferro, 1996). Propusieron sustituir la historia-narración por la historia-problema. Intenta articular lo macrohistórico. Se plantean tres niveles de observación, el del poder, el de los contrapoderes y el de la sociedad. La cuarta fuente es la de la ciencia histórica. De esta escuela se desprende lo que actualmente se conoce como "historia de las mentalidades: la historia de las mentalidades es menos exacta que otras historias, no obstante "la precisión quizá es tan inapropiada como imposible en la historia de las *mentalités*, género que requiere diferentes métodos de los usados en los géneros convencionales, como la historia de la política. Los puntos de vista no pueden fecharse como los sucesos políticos, pero no son menos 'reales'. La política no puede realizarse sin un ordenamiento mental preliminar que incluye la idea del sentido común del mundo real. El sentido común es de una elaboración social de la realidad, que varía de una cultura a otra. En vez de ser el fragmento arbitrario de una imaginación colectiva, expresa la base común de la experiencia en un orden social dado. Para reconstruir la manera como los campesinos vieron el mundo en la época del Antiguo Régimen, debe empezarse por preguntar qué tenían en común, qué experiencias compartían en la vida cotidiana de sus villas" (Darnton, 1984: 29).

²⁷ Y es que, en efecto, hay múltiples casos en que sucesos del pasado se estructuran de tal forma que desdibujan la memoria, y caen en el terreno de la historia, como la narrativa del poder : "El relato oficial que conocemos como historia –o incluso como contrahistoria- tiene esas características y para configurarse construye y destruye, guarda y desecha, recuerda y olvida, de maneras que no podemos considerar inocentes. Es el juego del poder a través de los usos de la memoria" (Calveiro, 2001: 19). "Los mitos

Cierto, la historia, al menos en nuestro país, le endosan propósitos, le depositan intenciones, se le manipula, se le utiliza: así “el partido oficial alteró su propio pasado para construir una historia acorde con sus fines”; su origen y justificación la puso en la lucha contra Porfirio Díaz y Victoriano Huerta, y en el siglo XX, pero ocultó sus pugnas de entre 1919 y 1929 (Rosas, 2006: 14). Como en otros países, la historia fue puesta al servicio del sistema político y respondió a esos intereses (Ferro, 1974).

El inicio de México, su momento fundacional, lo pusieron en Tenochtitlán, con esa águila devorando una serpiente. Y pusieron a un primer caudillo: Cuauhtémoc, defensor del pueblo de aquel entonces. Luego le sumaron a Hidalgo, a Morelos; condenaron a Santa Ana, se enaltecieron a Juárez y se condenó a Porfirio Díaz. Puros héroes y villanos. Impusieron dogmas de fe: la Independencia, las Leyes de Reforma, la Constitución de 1917, la expropiación petrolera, el nacionalismo revolucionario, y los volvieron incuestionables. No obstante muchos de esos episodios sólo se reivindicaron en el papel: por ejemplo la Constitución, el agrarismo de Zapata, el sufragio efectivo de Madero. Puro peroración, y malo. La historia oficial ocultó los temas incómodos de la biografía de esos “héroes”; los deshumanizó. Las masacres de españoles permitidas por Hidalgo fueron suprimidas, al igual que el tratado Mc Lane-Ocampo de Juárez o la afectación de las Leyes de Reforma a los indígenas. Los defectos quedaban para ser señalados en los enemigos históricos que el régimen construyó: Cortés, Iturbide, Santa Ana, Porfirio Díaz, Victoriano Huerta, Miguel Miramón. No sólo eso, sino que los héroes de bronce de nuestra historia parecían “predestinados desde pequeños” para cumplir su gran labor histórica, la redención de la patria (Rosas, 2006).

La historia, en este caso, se vuelve ideología, y eso le enseñan a millones de niños en las aulas. La infancia, escribe Luis González de Alba (1998: 182) en su libro *Las mentiras de mis maestros*, es “una edad propicia a las infecciones: de algunas nos salvamos: tosferina, paperas, polio, sarampión. Otras las arrastramos durante toda la vida: Hidalgo, Morelos” y otros personajes y acontecimientos. De lo que se trata no es ya de arrastrar más historia oficial, basada en una versión positivista de la ciencia, sino de construir y erigir relatos que, aunque incómodos, develen humanos como nosotros, los de todos los días, para así edificar un porvenir en el que todos estemos involucrados.

históricos y la memoria oficial definen el ámbito y la naturaleza de la acción, reordena la realidad y legitima a los detentadores del poder” (Barahona, *et al.*, 2001: 69).

²⁸ “En el ámbito de los estudios históricos, la narrativa no ha sólo ser considerada ni como producto de una teoría ni como la base de un método, sino más bien como una forma de discurso que puede o no utilizarse para la representación de los acontecimientos históricos, en función de si el objetivo primario es describir una situación, analizar un proceso histórico o bien contar una historia” (White, 1987: 42). Siguiendo esta reflexión y a este autor, es prácticamente imposible distinguir entre el hecho y la interpretación que hace el historiador; es más hay una equivocación en la creencia de que la historia se esconde tras los hechos, y que contar la historia es explicitar lo que ya está de por sí en los hechos. No obstante, señala, contar una historia, o escribirla, es una construcción que se “impone” a los hechos. Así, el texto o historia es el escrito histórico; y los hechos son la investigación histórica. Y el primero es autónomo con respecto al segundo. De ahí que pueda argüirse, en un tono, que lo que hace la historia, en cierto modo, es copiar las formas narrativas de cierto género. En su *Metahistoria*, lo que hace White es leer los grandes textos de los historiadores del siglo XIX como si se tratara de novelas, cuestión antes no realizada. Y con ello dio paso a una nueva forma de historiografía. Algunos ahora la denominan posmoderna (Corcuera, 1997).

Bibliografía

- Ankersmit, Franklin (1994). *Historia y Tropología. Ascenso y Caída de la Metáfora*. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Barahona, Alexandra, *et al.* (eds.) (2001). *Las Políticas hacia el Pasado. Juicios, Depuraciones, Perdón y Olvido en las Nuevas Democracias*. Madrid: Istmo, 2002.
- Bartlett, Frederic (1932). *Recordar. Estudios de Psicología Experimental y Social*. Madrid: Alianza, 1995.
- Birulés, Fina (2002). "La crítica de lo que hay: entre memoria y olvido". En Cruz, Manuel (comp.) *Hacia Dónde Va el Pasado. El Porvenir de la Memoria en el Mundo Contemporáneo*, pp. 141-149. Barcelona: Paidós.
- Bloch, Marc (1949). *Introducción a la Historia*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Bloom, Harold (2002). "Prólogo". En Yerushalmi, Yosef Zajor. *La Historia Judía y la Memoria Judía*, pp. XI-XXV. Barcelona: Anthropos.
- Burke, Peter (1997). *Formas de Historia Cultural*. Madrid: Alianza, 2000.
- Burke, Peter (2001). "El Renacimiento italiano y el desafío de la posmodernidad". En Schröder, Gerhart y Breuninger, Helga (comp.) *Teoría de la Cultura. Un Mapa de la Cuestión*, pp. 25-35, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Calveiro, Pilar (2001). *Desapariciones. Memoria y Desmemoria de los Campos de Concentración Argentinos*. México: Taurus, 2002.
- Candau, Joël (1998). *Memoria e Identidad*. Buenos Aires: Ediciones Sol, 2001.
- Carretero, Mario *et al.* (comps.) (2006). *Enseñanza de la Historia y la Memoria Colectiva*. Buenos Aires: Paidós.
- Connerton, Paul (1989). *How Societies Remember*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Corcuera, Sonia (1997). *Voces y Silencios en la Historia. Siglos XIX y XX*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Darnton, Robert (1984). *La Gran Matanza de Gatos y otros Episodios en la Historia de la Cultura Francesa*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Ferro, Marc (1974). "El cine: un antianálisis de la sociedad". En Le Goff y Nora, Pierre (dirs.) *Hacer la Historia III. Objetos Nuevos*, pp. 241-260. Barcelona: Laia, 1980.
- Ferro, Marc (1996). *Diez Lecciones Sobre la Historia del Siglo XX*. México: Siglo XXI, 2003.
- González de Alba, Luis (1999). *Los Derechos de los Malos y la Angustia de Kepler*. México: Cal y Arena.
- Halbwachs, Maurice (1925). *Les Cadres Sociaux de la Mèmoire*. París: Félix Alcan. (Versión en castellano: *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona: Anthropos, 2004.)
- Halbwachs, Maurice (1950a). *La Mèmoire Collective*. París, PUF, 1968.
- Halbwachs, Maurice (1950b). "Memoria colectiva y memoria histórica". En Mendoza García, Jorge *El Conocimiento de la Memoria Colectiva*, pp. 81-101. México: UAT, 2004.
- Le Goff, Jacques (1977). *El Orden de la Memoria. El Tiempo como Imaginario*. Barcelona: Paidós, 1991.
- Le Goff, Jacques (1999). "El tiempo del mundo: el regreso de Braudel". En Barret-Ducrocq, Françoise (dir.) *¿Por qué Recordar?*, pp. 191-195. Barcelona: Granica, 2002.
- Mendoza García, Jorge (2004). *El Conocimiento de la Memoria Colectiva*. México: UAT.
- Pérez-Taylor, Rafael (1996). *Entre la Tradición y la Modernidad*. México: UNAM/Plaza y Valdés, 2002.
- Ramos, Ramón (1989). "Maurice Halbwachs y la memoria colectiva". En *Revista de Occidente*, 100, septiembre, pp. 63-81.
- Ricoeur, Paul (1999a). "Definición de la memoria desde un punto de vista filosófico". En Barret-Ducrocq, Françoise (dir.), *¿Por Qué Recordar?*, pp. 24-28. Barcelona: Granica, 2002.
- Ricoeur, Paul (1999b). "El olvido en el horizonte de la prescripción". En Barret-Ducrocq, Françoise (dir.), *¿Por Qué Recordar?*, pp. 73-76. Barcelona: Granica, 2002.
- Ricoeur, Paul (1999c). *La Lectura del Tiempo Pasado: Memoria y Olvido*. Madrid. Arrecife/Universidad Autónoma de Madrid.
- Riegl, Alöis (1903). *El Culto Moderno a los Monumentos*. Madrid: Visor, 1987.

- Rioux, Jean-Pierre (1997). "La memoria colectiva". En Rioux, Jean-Pierre y Sirinelli, Jean-Francois (dir.) *Para una Historia Cultural*, pp. 341-371. México: Taurus, 1999.
- Rosas, Alejandro (2006). *Mitos de la Historia Mexicana. De Hidalgo a Zedillo*. México: Planeta.
- Tenorio, Mauricio (2004). *El Urbanista*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Todorov, Tzvetan (2000). *Memorias del Mal, Tentaciones del Bien*. Barcelona: Península, 2002.
- Vernant, Jean-Pierre (1999). "Historia de la memoria y memoria histórica". En Barret-Ducrocq, Françoise (dir.) *¿Por qué Recordar?*, pp. 20-24. Barcelona: Granica, 2002.
- White, Hayden (1987). *El Contenido de la Forma. Narrativa, Discurso y Representación Histórica*. Barcelona: Paidós, 1992.
- Yerushalmi, Yosef (2002). *Zajor. La Historia Judía y la Memoria Judía*. Barcelona: Anthropos.